



OTRA CAMISA.

Ni el título de esta crónica es mío, ni lo es tampoco la idea en que la crónica se inspira. Ambos me han sido proporcionados por una mujer. Escribo mujer, y no dama, porque *damas* se encuentran en todas partes, hasta en los *repartos* de bastidores, y mujeres, verdaderamente mujeres, no son tan fáciles de encontrar.

Esta mujer, digna, para mí y cuantos la tratan, del mayor respeto, discurría anoche con cuatro ó seis personas sobre la triste situación que España atraviesa y los remedios que, á fin de mejorarla ó resistirla, ofrecen

los prohombres de los partidos militantes en oraciones, artículos, programas y demás artefactos de la sanidad política al uso.

Optaban éstos por Fulánez; aquéllos por Mengánez; por Perengánez unos, por X.: otros y por Z.: los de más allá.—«¡No, no!—decía el paladín de X.:—¡No me hablen ustedes de Z.:! El hombre que hizo tal cosa en tal año y tal otra en tal otro, no puede salvar el país.»—«¡Lo salvará X.:!—exclamaba el propagandista de Z.:—¡Valiente apoyo para sostener el desvencijamiento patrio! ¿No se acuerda usted de su paso por la presidencia del Consejo en...? (Aquí la fecha.) ¡X.:! Antes el cólera.»—Lo mismo decía de Mengánez el defensor de Fulánez, y de Fulánez el de Perengánez, y de Perengánez el de Fulánez... Lo mismo decían, y lo malo era que á ninguno le faltaba razón. Cuál más, cuál menos, censuraba con justicia á sus adversarios, y las censuras no podían negarse; se trataba de sujetos que habían ejercido el poder, no una, veinte veces;

sujetos conocidos de atrás por sus actos, por sus teorías, por sus descabros... de PROHOMBRES, vamos. ¿Qué quiere decir PROHOMBRES? Pues de eso.

Oía la dueña de la casa en silencio tan encontrados pareceres, hasta que, aprovechando una pausa y sonriendo con malicia, exclamó:

«También tengo mis opiniones á propósito del asunto; opiniones de mujer, ¡claro!, y, por consiguiente, despreciables; pero, en fin, valgan por lo que valgan, allá van.»

Francamente, yo siempre estimé la opinión de las mujeres en mucho, y en más aún desde que, infiltrándose, como ahora parece ocurrir, el feminismo en los hombres, resulta lógico, por una ley de compensación, que se infiltre el masculino en las hembras. En consecuencia de este mi parecer, me dispuse á oír recogidamente el de aquella señora; al juicio imparcial de mis lectores lo someto:

«Más que una opinión—dijo—es un su-

cedido lo que van á escuchar ustedes. Respondo de su autenticidad.

»Tenía yo una amiga, mejor, una de esas ciento á quienes llamamos amigas porque visitamos su casa para murmurar de ellas, como ellas visitan la nuestra con el mismo objeto. Menos mal cuando estas amistades se llevan *de casa* un chisme que correr y no se llevan un afecto que destruir.

»Tenía yo una amiga—repito—la cual ocupaba, cuando la conocí, posición excelente, y á quien vaivenes de fortuna trajeron á un deplorable estado social y económico. ¡Pobrecilla!... ¡Pena daba mirarla y á compasión me indujeron multitud de veces sus desventuras!... Pero no es éste el caso.

»El caso es que á mi amiga le restaba de sus pasados esplendores una sola prenda, prenda riquísima en otras épocas, caricatura dolorosa de lo que fué en aquella á que me refiero. Cuantas camisas (de mujer, naturalmente) he visto, no pueden competir con la de autos, ni en lo finísimo de la trama que

la componía, ni en lo primoroso de los bordados que la repujaban, ni en la finura de los encajes que se desbordaban por ella, ni en la riqueza de las cintas color de fuego que se ruborizaban sobre el descote que pudorosamente escondían. Era la predilecta de mi amiga; regalo de boda, lujoso trofeo del que no quiso desprenderse ni el día en que la ruina llamó á las puertas de su hogar con voz perentoria.

»No había manera de que abandonase aquella camisa. Cuando las necesidades del aseo le obligaban á quitársela, era para mi amiga cuestión de dos horas lavarla, plancharla y volvérsela á poner sobre el cuerpo. Su pobreza, resignada á perderlo todo, no se mostraba dispuesta á abandonar aquélla. Y, claro, en fuerza de lavarla, de codearla con el uso, que todo lo gasta y destruye, la trama de la camisa comenzó á aclarar, los bordados se fueron desfilachando poco á poco, los encajes haciéndose girones, las cintas perdiendo su vivo color y su brillante satinado.

Y mi amiga, en su terco empeño de que la camisa durara siempre, quitaba un encaje de este sitio para ponerlo en otro, replanchaba las cintas, tijereteaba en los bordados para rapar las deshilachaduras y zurcía la tela para esconder los aún imperceptibles rotos; perdía la mitad de su tiempo, que para otras cosas necesitaba, en esta faena, y hasta se erguía orgullosa en su lecho para contemplar su presea, reflejada por un espejo de mano, que hacía veces de tocador sobre la mesilla de noche.

»Mas ¡ay! que si su faena era cada día más larga, era también cada día más infructuosa. Llegó un momento en que la plancha no pudo convertir en cintas hilachos retorcidos, en que los bordados se convirtieron en líneas blancuzcas y deformes, los encajes en colgantes pingosos y la batista, harta de descubrir la trama con púdica miseria, se declaró girón insolente.

»No para adornarla, ni para cubrirla servía ya aquel lienzo podrido, debajo del cual

tiritaban en invierno, amaratándose al contacto del frío, las carnes de mi amiga.

»¡Ay, Dios mío, Dios mío!—exclamaba ésta una mañana en que fuí yo á verla, contemplando con angustia el pingo que tenía sobre las rodillas.—¡Cómo arreglarla!... ¿En qué forma colocar los encajes para que disimulen su vejez, y las cintas para que lo parezcan, y los remiendos para que no se noten? ¿Qué hago con ellos? ¡Qué hago!...—gritó dirigiéndose á mí.

»Mira—le dije;—que pongas los encajes donde están las cintas, y las cintas donde están los encajes; que remiendes así ó *asá*; que hagas lo que hagas, todo será inútil. Esa camisa está ya muy vieja; el uso la ha dejado fuera de combate. Se acabó. Tírala y cómprate otra. ¿No puede ser rica? Que sea nueva. ¿No puede ser de batista? Que sea de *retor*. La cuestión es que sea fuerte, porque el invierno es crudo.

»Pues bien, señores—añadió la autora de mi crónica;—los personajes á quienes uste-

des defienden son como los bordados, y los encajes, y las cintas, y la batista de la camisa de mi amiga: valieron mucho, tuvieron su época; pero ya están inútiles por el uso y por el abuso. La camisa no sirve; hay que tirarla y ponerse otra.

»Peor que la vieja no ha de ser.»



S. M. EL HAMBRE.

Mientras nuestros marinos caen fusilados en Filipinas, maldiciendo al caer el nombre de quienes los llevaron sin defensa al combate, amarrándolos con cadenas de honor á cuatro barcos viejos, sobre cuyos cascos ha hecho á mansalva la escuadra *yankee* ejercicios de tiro; mientras el marqués de Cabriñana presenta en el Congreso una proposición para exigir responsabilidades á los ministros de la monarquía, proposición que ningún monárquico se atreve á suscribir, comprendiendo que la responsabilidad es de todos los representantes del sistema y que á